



DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA

Puertas abiertas, junio del 2011

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

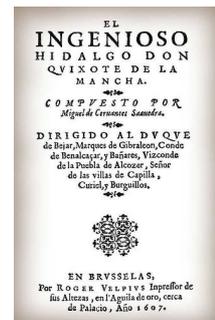
— Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No—dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio y hacer un rintero dellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.



—No, señor—dijo el barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad—dijo el cura—, y por esta razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es—dijo el barbero—*Las Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad—dijo el cura—que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante—dijo el cura.

—Este que viene—dijo el barbero—es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral—dijo el cura—, que a truco de quemar a la



reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo—dijo el barbero.

—Y aun yo—añadió la sobrina.

—Pues así es—dijo el ama—, vengan, y al

corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

[...]

—¡Válame Dios—dijo el cura, dando una gran voz—, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y

mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de La Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes – Crítica, 1998, pp. 76-83.

Los que queman los libros, por George Steiner



Los que queman los libros, los que expulsan y matan a los poetas, saben exactamente lo que hacen. El poder indeterminado de los libros es incalculable. Es indeterminado precisamente porque el mismo libro, la misma página, puede tener efectos totalmente dispares sobre sus lectores. Puede exaltar o envilecer; seducir o asquear; apelar a la virtud o a la barbarie; magnificar la sensibilidad o

banalizarla. De una manera que no puede ser más desconcertante, puede hacer las dos cosas, casi en el mismo momento, en un impulso de respuesta tan complejo, tan rápido en su alternancia y tan híbrido que ninguna hermenéutica, ninguna psicología puede predecir ni calcular su fuerza. En diferentes momentos de la vida del lector, un libro suscitará reflejos completamente diferentes. En la experiencia humana no hay fenomenología más compleja que la de los encuentros entre texto y percepción, o, como observa Dante, entre las formas del lenguaje que sobrepasan nuestro entendimiento y los órdenes de comprensión con respecto a las cuales nuestro lenguaje es insuficiente: *la debilitade de lo'nteletto e la cortezza del nostro parlare*.

El Universal. Confabulario, 6 de enero de 2007.

Fahrenheit Sur

En un relato que parece sacado de las alforjas de Fernando Báez, el argentino Marcelo Massarino cuenta cómo la dictadura de Videla quemaba libros como parte de un plan concreto para “purificar” el alma nacional.

En julio de 1976 fue designado director ejecutivo de Eudeba el político socialista Luis Pan, quien le entregó al Comando del 1º Cuerpo de Ejército parte del fondo editorial con los libros censurados. El 27 de febrero el teniente primero Xifra dirigió el operativo que terminó con la quema de casi noventa mil volúmenes en el predio de Palermo. Rogelio García Lupo vio cuando los soldados cargaban los camiones con los ejemplares de su gestión. “Pan fue quien llamó al Ejército y puso en sus manos toda esa ‘literatura pecaminosa’. Él temía que alguien dijera ‘¡pero este Pan también es socialista..!’ . Con esa operación compró protección, fue como una prueba de amor”.

Incendio de la biblioteca de la abadía

La lámpara fue a parar justo al montón de libros que habían caído de la mesa y yacían unos encima de otros con las páginas abiertas. Se derramó el aceite, y enseguida el fuego prendió en un pergamino muy frágil que ardió como un haz de hornija reseca. Todo sucedió en pocos instantes: una llamarada se elevó desde los libros, como si aquellas páginas milenarias llevaran siglos esperando quemarse y gozaran al satisfacer de golpe una sed inmemorial de ecpirosis. Guillermo se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y soltó al viejo —que al sentirse libre retrocedió unos pasos—; vaciló un momento, sin duda demasiado largo, dudando entre coger de nuevo a Jorge o lanzarse a apagar la pequeña hoguera. Un libro más viejo que los otros ardió casi de golpe, lanzando hacia lo alto una lengua de fuego.

Las finas ráfagas de viento, que podían apagar una débil llamita, avivaban en cambio a las más grandes y vigorosas, e incluso les arrancaban lenguas de fuego que aceleraban su propagación.

— ¡Rápido, apaga ese fuego!— gritó Guillermo—. ¡Si no, se quemará todo!

Me lancé hacia la hoguera, y luego me detuve, porque no sabía qué hacer. Guillermo acudió en mi ayuda. Tendió los brazos hacia el incendio, buscando con los ojos algo con que sofocarlo; de pronto tuve una

inspiración: me quité el sayo pasándolo por la cabeza, y traté de echarlo sobre el fuego. Pero las llamas eran demasiado altas: lamieron mi sayo y lo devoraron. Retiré las manos, que se habían quemado, me volví hacia Guillermo y vi, justo a sus espaldas, a Jorge. El calor era ya tan fuerte que lo sintió muy bien y se acercó: no tuvo dificultad alguna para localizar el fuego, y arrojar el Aristóteles a las llamas.

Guillermo tuvo un arranque de ira y dio un violento empujón al viejo, que fue a dar contra un armario, se golpeó la cabeza con una arista, y cayó al suelo... Pero Guillermo, al que creo haberle escuchado una horrible blasfemia, no se ocupó de él. Volvió a los libros. Demasiado tarde. El Aristóteles, o sea lo que había quedado de él después de la comida del viejo, ya ardía.

Mientras tanto algunas chispas habían volado hacia las paredes y los libros de un armario ya se estaban abarquillando arrebatados por el fuego. Ahora no había un incendio en la sala, sino dos.

Guillermo se dio cuenta de que no podríamos apagarlos con las manos, y decidió salvar los libros con los libros. Cogió un volumen que le pareció mejor encuadernado, y más compacto que los otros, y trató de usarlo como un arma para sofocar al elemento adverso. Pero golpeando la tapa tachonada contra la pira de libros ardientes lo único que conseguía era provocar nuevas chispas. Intentó apagarlas con los pies, pero obtuvo el efecto contrario, porque se elevaron por el aire fragmentos de pergamino casi convertidos en cenizas, que revoloteaban como murciélagos mientras el aire, aliado a su aéreo compañero, los enviaba a incendiar la materia terrestre de otros folios.

Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1985, pp. 438-439.

La destrucción de los libros: "El memoricidio de Sarajevo"

Víctima de la guerra que devastó la antigua Yugoslavia y del fanatismo de los radicales serbios, el Instituto de Estudios Orientales de Sarajevo albergaba miles de manuscritos árabes, turcos, hebreos y persas que se

esfumaron. El incendio de esta biblioteca pretendió borrar la memoria de los musulmanes bosnios.



La cruel estratigrafía de la historia, mediante la que el vencedor impone la nueva versión de los hechos a costa de la del vencido, es una constante en los anales de todos los pueblos y civilizaciones del mundo. Al monarca o caudillo victorioso de turno no les basta fundar su poder sobre las ruinas del de su enemigo: quieren borrar su memoria, hacer tabla rasa, reconstruir con materiales de derribo una crónica acorde con su fe, voluntad o capricho.

Las civilizaciones se asientan unas en otras, en capas superpuestas: se alzan cristianos sobre ruinas aztecas, mezquitas sobre construcciones romanas, capillas encomendadas a la Virgen en los lugares de culto de las diosas ibéricas. Dentro de ese mecanismo que engendra el propio pasado y entroniza el mito, la biblioteca constituye un punto insoslayable de referencia, el espacio de lo escrito que desmiente la versión que se trata de imponer como auténtica y definitiva.

Desde el incendio de la legendaria Biblioteca de Alejandría a la quema de libros de autores judíos en la Alemania nazi, pasando por la de manuscritos árabigos decretada por el cardenal Cisneros en la puerta granadina de Bibarrambla, el ceremonial se repite al hilo de los siglos.

Muchos creíamos ingenuamente que, tras la derrota de los nazis, ese memoricidio pertenecía al pasado. Nos equivocamos. Tras la implosión de la Federación Yugoslava en 1991 y la agresión de los extremistas serbios al Gobierno legal de Bosnia-Herzegovina, el 26 de agosto de 1992 contemplamos abrumados, casi en directo, las imágenes de la ignición del Instituto de Estudios Orientales de Sarajevo, junto al casco de la ciudad antigua. Miles de manuscritos árabes, turcos, hebreos y persas se esfumaron para siempre. El tesoro así desvanecido comprendía obras de historia, geografía, viajes; teología, filosofía y sufismo; ciencias naturales, astrología y matemáticas; diccionarios, gramáticas, poemarios; tratados de ajedrez y de música. La limpieza étnica de Karadzic y sus huestes se articulaba con la lógica perversa de la aniquilación de cuanto evocaba la presencia otomana y la "afrenta histórica" de la derrota del príncipe Lazar, seis siglos antes, en la batalla del Campo de los Mirlos.

En julio de 1993, durante mi primer descenso al infierno de la ciudad asediada, me adentré en la cáscara hueca del edificio. La impresión que me causó el espectáculo, confirmó mi natural pesimismo tocante al poder dañino de nuestra especie. Las fachadas de estilo neomorisco, de la época del Imperio austrohúngaro, se mantenían en pie, pero el interior ilustraba el reino de la desolación.



Los cohetes incendiarios habían atravesado la cúpula protectora de vidrio y el armazón de ésta se extendía sobre el visitante como una gigantesca y amenazadora tela de araña. El espacio central se reducía a una sombría acumulación de escombros y papeles chamuscados. El furor nacionalista de los pirómanos había logrado su objetivo: extinguir la memoria histórica de los musulmanes de Bosnia-Herzegovina, como paso previo a la bárbara entronización de sus mitos.

Me llevé de recuerdo unos papeles que conservo preciosamente en mi poder: fichas de lectura de los archivistas, restos de una página impresa en caracteres cirílicos. Pensaba en las bibliotecas, en todas las bibliotecas del pasado pasto de las llamas: en la precariedad de la memoria humana, abocada siempre a su desaparición. Vinieron a mi mente recuerdos de episodios infantiles: quema de libros rojos, masones y subversivos, probablemente por las mismas fechas que en las que los vencedores de la Guerra Civil arrojaban al fuego purificador la biblioteca particular de Pompeu Fabra y las de muchos escritores intelectuales de la República.

En los últimos años, he vuelto varias veces a Sarajevo liberado de sus sitiadores. El interior del edificio incendiado se halla en vías de reconstrucción. En 2003, durante el rodaje de "Notre musique", el filme de Jean-Luc Godard, recorrí las antiguas salas de lectura calcinadas así como los pisos superiores, en los laterales del patio. La fina labor de yesería de éste se hallaba oculta por los andamios. Sólo algunos fragmentos de los frisos y pinturas murales sobrevivían a la devastación.

La saña de los debeladores, me dije entre mí, se ha impuesto al saber acumulado en la biblioteca. Pero al punto me corregí y evoqué las palabras de Ben Hazm a sus inquisidores: "Aunque queméis el papel, no podréis quemar lo que encierra".

Juan Goytisolo, "El memoricidio de Sarajevo", *El País. Babelia*, 9 de junio de 2004.

La historia de Montag (Fahrenheit 451)

Montag era bombero y su oficio consistía en provocar incendios. No quemaba cualquier cosa, solo libros y, excepcionalmente, como castigo ejemplar, las casas donde se escondían bibliotecas enteras. Las autoridades habían prohibido los libros en defensa del bien común. La literatura era muy perniciosa porque despertaba sentimientos en los ciudadanos a base de mentiras. La experiencia de seres inventados provocaba en las personas reales un sufrimiento auténtico, porque estimulaba su sentido crítico e inspiraba la tarea de cuestionarse su propia existencia. Los relatos de la insatisfacción producían insatisfacción, la memoria del dolor sembraba dolor, el anhelo de amor ponía de manifiesto la ausencia de amor, la fiebre del deseo incendiaba la conciencia de quienes nunca habían necesitado sentirlo. La literatura perturbaba la paz social y la felicidad individual, pero no era la única materia prohibida. La filosofía, aún más dañina, minaba los fundamentos de una armonía basada en un sistema de respuestas que no había necesitado de preguntas previas. La Historia, con todo, era lo peor, porque demostraba que el pasado había existido, y el pasado, con sus preguntas y sus respuestas, era el enemigo más feroz del armonioso presente donde los bomberos como Montag quemaban libros y detenían a los individuos antisociales que los conservaban aunque estuvieran prohibidos por la ley.



Montag era bombero y su oficio consistía en provocar incendios. Todos los días buscaba libros escondidos, los encontraba, los tocaba, los colocaba sobre una rejilla, les aplicaba el lanzallamas y los veía arder. Pero Montag sabía leer, y todos los días, después de buscar, encontrar, tocar libros, contemplaba los rostros de los delincuentes que se aferraban a ellos con desesperación, para afrontar su destino con un orgullo misterioso y desafiante. Hasta que un día, cuando ninguno de sus compañeros podía verle, salvó un libro de la quema, se lo metió en el uniforme, lo escondió en su casa y, por la noche, mientras su mujer dormía, se levantó para empezar a leer la vida de David Copperfield. Había mucho dolor en aquel libro. Arbitrariedades, injusticia,

soledad, desesperanza. Pero también había amistad, lealtad, cariño, amor. Montag fue descubriéndolo poco a poco, mientras leía por las noches. Y nunca volvió a ser el mismo.

El funcionario ejemplar empezó a sentir el uniforme del que antes había estado tan orgulloso como una cárcel que apenas le consentía respirar. El orden a cuya defensa había destinado su juventud se le apareció como una insoportable tiranía. Aunque los cacheaba igual que sus compañeros, dejó de detener a las personas que llevaban libros escondidos en la ropa y empezó a sufrir en los incendios como si el papel que ardía fuera su propia piel. Se convirtió en un clandestino mientras aún formaba parte del sistema, y cuando ya no pudo seguir haciendo la guerra por su cuenta, huyó para seguir las vías del tren, hasta llegar al bosque donde vivían los hombre-libro, aquellos que habían quemado su libro favorito solo después de aprenderlo de memoria, una biblioteca viviente dispuesta a perpetuarse por generaciones para conservar la memoria del conocimiento humano, hasta que llegara el momento en que pudieran dictarla para que los libros se imprimieran de nuevo.

Esta historia se titula *Fahrenheit 451*, como la temperatura a la que arde el papel y de la que toma su nombre el cuerpo de bomberos al que Montag perteneció antes de que David Copperfield le convirtiera en un hombre distinto. Ray Bradbury la escribió en 1953, y François Truffaut la adaptó al cine en 1966, para inscribir su nombre en la selectísima lista de los cineastas que han conseguido hacer una película cuyos méritos igualan —en mi opinión, incluso superan— la calidad de la novela de la que proviene. Es, en todo caso, una historia emocionante, tan conmovedora como un espejo capaz de reflejar con una admirable precisión lo mejor y lo peor de la condición humana.

En los últimos tiempos he pensado mucho en Montag. Los debates sobre las nuevas tecnologías, los anuncios apocalípticos sobre el fin de mi oficio, las profecías que pretenden salvar la literatura convirtiéndola en un ejercicio domesticado, sometido a la caridad de las subvenciones, o la condenan como un fósil prescindible de otros tiempos, me han devuelto a la serena determinación de los hombres-libro, al heroísmo que su libertad, su voluntad seguirá labrando a la humana escala de su memoria mientras quede un solo lector, un solo espectador de su epopeya.

Por eso los traigo aquí, ahora que el sol empieza a calentar y las calles, las plazas de tantos pequeños pueblos y grandes ciudades de España se llenan

de puestos, de carpas, de casetas abarrotadas de libros que esperan a que un lector los tome en sus manos.

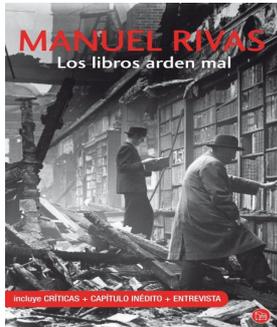
Porque ustedes no tienen más que salir de casa y dar un paseo para conjurar, en nombre de toda la Humanidad, al demonio que atormenta el corazón de Montag.

Almudena Grandes, *El País semanal*, 24 de abril de 2011.

Los libros arden mal

19 de agosto de 1936

Los libros ardían mal. Uno se movió en la hoguera más próxima y a Hércules le pareció que de repente abría en abanico las frescas agallas de una branquia de abadejo. Otro soltó un fragmento incandescente que rodó como un erizo de mar de neón por los escalones de una escalera de incendios. Después pensó que aquello que se agitaba inquieto en el montón ardiente era una liebre atrapada, y que una ráfaga de viento, que avivó un poco la pira, esparcía en chispas todos y cada uno de los pelos de su piel quemada. Así, la liebre conservaba su forma en la gráfica del humo y estiraba las patas para avanzar en la diagonal acristalada del cielo de la avenida atlántica.



Las primeras hogueras de libros se habían dispuesto allí, junto a la Dársena, camino del Parrote. En el vientre urbano, por decirlo así, donde el mar parió a la ciudad, el primer nido de pescadores, y mira que ha crecido la hierba desde entonces, incluso en los tejados, que tienen vocación de verde cumbre, en ese lugar que hoy es el punto donde confluyen el transporte de lanchas de la bahía, los tranvías urbanos y los coches de línea del interior. Las otras hogueras arden allí al lado, en la plaza mayor que lleva el nombre de María Pita, la heroína que encabezó la defensa de la ciudad, al frente de un comando de mujeres pescaderas [...]

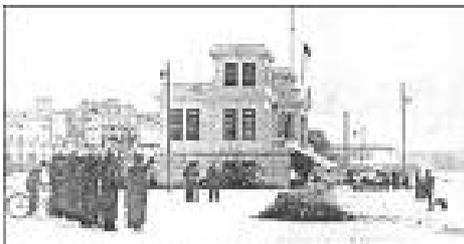
Esto, las piras de libros, no forma parte de la memoria de la ciudad. Está sucediendo ahora. Así que esto, el arder de los libros, no sucede en un pasado remoto ni a escondidas. Tampoco es una pesadilla de ficción imaginada por un apocalíptico. No es una novela. Por eso el fuego va lento, porque tiene que vencer las resistencias, la impericia de los



incendiarios, la falta de costumbre de que ardan los libros. La incredulidad de los ausentes. Bien se ve que la ciudad no tiene memoria de ese humo perezoso y reticente que se mueve en la extrañeza del aire. Incluso tiene que arder lo que no está escrito. Alguien acarrea desde la oficina municipal de turismo mazos de folletos con el programa de las fiestas, "carne fresca" es la expresión, quizá en referencia a la bañista que aparece en la portada junto a la leyenda *Clima ideal* y el blasón oficial de la villa, el faro con un libro abierto en lo alto que, al mismo tiempo, hace de lámpara de la que irradian los destellos de luz. Todo eso va a arder lentamente, también el libro del blasón, que ya no volverá a aparecer en el escudo de la ciudad.

La República, de Platón. ¡Ya era hora! ¿Y éste? ¡*La enciclopedia de la carne!* ¡Puaf! [...]

Las hogueras están en el sitio de la ciudad más expuesto al público y frente al centro simbólico del poder civil. Hércules es mucho más conocido de lo que él piensa. De todas formas, por ahora está teniendo suerte. Se va acercando a las hogueras y ninguno de los que están allí, en la operación de quema, todos ellos armados y vestidos con el uniforme de la Falange, ninguno le presta atención, la mayoría concentrados en el problema de lo mal que arden los libros. Uno de ellos los compara con ladrillos. Y después encadena esta imagen con una precisión geométrica que a él mismo le resulta extraña.



¡Son paralelepípedos!

Junto a él, el más joven de sus compañeros quiere repetir esa larga palabra, pero se da cuenta de que no es tan fácil e intenta murmurarla en bajo. Suena al nombre de una especie muy rara de aves. Aves más complicadas que las palmípedas. Eso sí que le sale sin dificultad, palmípedas, y mira el bulto sin fijarse en los títulos, como una abstracción, como la maqueta de una pirámide azteca.

¡Para-le-le-pípedos! Sí, señor. Paralelepípedos.

Por fin le ha salido. Se siente bien después de decirlo.

¡Paralelepípedo!, le dice el jefe de centuria dándole una palmada en el hombro.

Manuel Rivas, *Los libros arden mal*, Madrid, Alfaguara, 2006, pp. 46-49.

Peter Kien, el Hombre-Libro, incendia su propia biblioteca

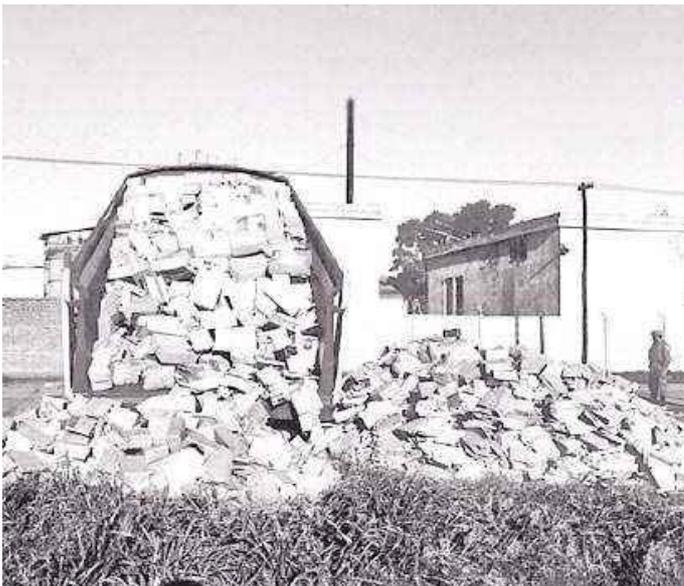


Los libros van cayendo al suelo desde los estantes. Kien los recoge con sus largos brazos. Muy suavemente, para que no lo oigan desde afuera, traslada pila tras pila al vestíbulo y va amontonándolas contra la puerta de hierro. Mientras el salvaje ruido le destroza el cerebro, construye con sus libros un sólido parapeto. El vestíbulo se va llenando de volúmenes. Por último recurre a la escalera. En poco tiempo llega al techo. En el estudio, los anaqueles lo amenazan con sus fauces abiertas. La alfombra empieza a arder frente al escritorio. Se dirige al cuartito del fondo, junto a la cocina, y saca todos los diarios viejos. Va separando hoja por hoja, las arruga, apilonándolas, y las tira a los rincones. Instala la escalera en el centro de la pieza, donde antes estaba. Se sube al sexto peldaño, vigila el fuego y aguarda.

Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído.

Elías Canetti, *Auto de fe*, Barcelona, Biblioteca de Plata – Círculo de Lectores, 1987, p. 474.

Quema de libros en Argentina



El 29 de abril de 1976, Luciano Benjamín Menéndez, jefe del III Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba, ordenó una quema colectiva de libros, entre los que se hallaban obras de Proust, García Márquez, Cortázar, Neruda, Vargas Llosa, Saint-Exupéry, Galeano... Dijo que lo hacía "a fin de que no quede ninguna parte de estos libros, folletos, revistas... para que con este material no se siga engañando a nuestros hijos". Y agregó: "De la misma manera que destruimos por el fuego la

documentación perniciosa que afecta al intelecto y nuestra manera de ser

crisiana, serán destruidos los enemigos del alma argentina". (*Diario La Opinión*, 30 de abril de 1976).